

mucho tiempo. prontamente, en 1768, se comenzaron a dar signos de ruina, y mal manejo de las otrora grandes propiedades, con la muerte, en los años siguientes, de los protagonistas, se evidenció mucho más el detrimento. Sólo en 1802 se logró la repartición de los bienes del segundo marqués, no ya sobre sus descendientes directos, sino de los herederos de éstos, y en cuantía mucho menor.

Así, el estudio adelantado por el profesor Vladimir Daza Villar es un completo cuadro del marquesado de Santa Coa, contribuye a la historia colonial del Caribe colombiano, y deja abiertas posibilidades para estudios similares de la elite no sólo caribeña sino de otras regiones del país. El esfuerzo editorial del Instituto Colombiano de Antropología e Historia por dar a conocer los resultados investigativos de la Colonia tiene en este libro mucha razón de ser.

JOSÉ EDUARDO RUEDA

ENCISO

Profesor titular,

Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

1. Jairo Gutiérrez Ramos, *El mayorazgo de Bogotá y el marquesado de San Jorge. Riqueza, linaje, poder y honor en Santa Fé, 1538-1824*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

“Un manual para 1810”

1810. Antecedentes, desarrollo y consecuencias

Varios autores

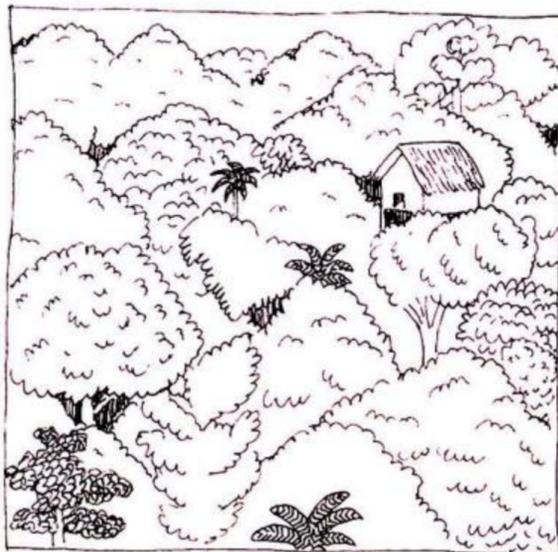
Taurus, Bogotá, 2010, 298 págs.

Es difícil encontrar en la historiografía de hoy textos que se dejen leer de la forma en que se puede abordar la lectura de este libro. Y es difícil encontrarlos por las pretensiones teóricas que exhibimos quienes nos

dedicamos a la historia académica, lo que a menudo se explica por dos motivos:

1.º Porque tratamos de evitar que nos tilden de “empiristas” aquellos que manejan narrativas retóricas que no son más que metalenguajes que hacen que las historias que se pretenden divulgar se mantengan en círculos estrechos, sin aportar al conocimiento histórico, ni a la crítica que debe acompañar al historiador en su búsqueda de explicaciones para los procesos históricos que estudia.

2.º Porque buscamos evitar que nos tilden de “positivistas” quienes —a menudo sin comprender los alcances de este modelo explicativo— renuncian a la exposición de los hechos en secuencias narrativas que pretenden seguir una especie de lógica histórica (si es que la historia tiene lógica o volicismo, como ya lo dudaba Engels hace muchos años) y, en consecuencia, recurren a “marcos teóricos” expuestos a priori que no nos ayudan a entender las realidades que estudiamos, pero que nos “blindan” de críticas posibles.



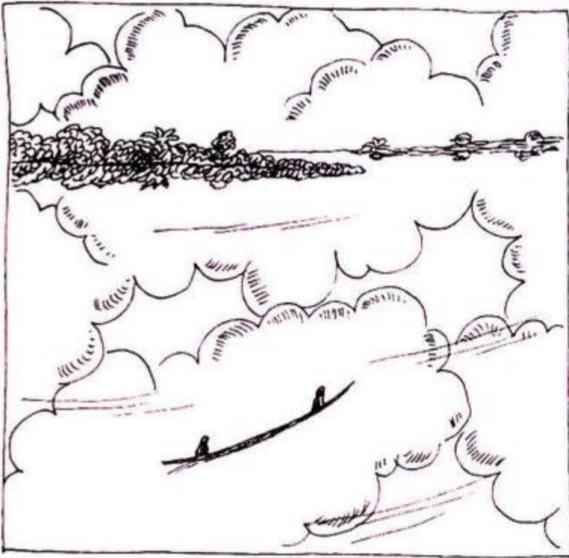
1810. *Antecedentes, desarrollo y consecuencias*, para cualquiera de quienes se encuentren en alguna de las dos posiciones señaladas, es un título que indicaría que se trata de un texto de historia tradicional, como los muchos escritos para conmemorar el Bicentenario y no aportaron a la reflexión hecha, la cual apuntaba a crear una historia más incluyente y crítica, que la impuesta por el Gobierno Nacional y la Academia de Historia mediante el tex-

to de Henao y Arrubla desde el primer Centenario. Por el contrario, este libro es una verdadera “caja de sorpresas”; una verdadera y agradable caja de sorpresas. Lo es por muchos motivos: en primer lugar destacaría el hecho de la narración, consistente en una exposición clara y sencilla, sin las rebuscadas narrativas afrancesadas, ni la frialdad objetiva de las estadounidenses. No es el relato banal ni anecdótico que caracteriza las historias dedicadas al consumo de los grandes públicos radiales o periodísticos, sino las explicaciones sencillas de procesos que ayudan a que muchos profanos o, lo que es lo mismo, no iniciados en las disciplinas históricas, encontremos respuestas a ¿por qué 1810? Cada uno de los capítulos de este libro puede leerse de corrido gracias a una exposición precisa, clara y amena, la cual muestra que sus autores se preocuparon por llegar a públicos muy amplios y no sólo a los cerrados círculos de los historiadores.

Debo decir, sin vacilar, que lo lograron, y no lo expreso por mí mismo, sino por la opinión de algunos de mis estudiantes de historia, y de amigos, que encontraron en él un medio de entender unos procesos que llevaron a la independencia de unas regiones que no la buscaron de forma expresa.

En segundo lugar resaltaría la organización del libro, que sin duda alguna asumió la forma de “manual”, o de síntesis, que facilita encontrar respuestas a muchas de las múltiples preguntas que se formularon durante la conmemoración del Bicentenario. En efecto, el conocimiento de los hechos que explican ¿por qué 1810? es precario en nuestra historiografía, pues lo reducimos a los tradicionales hitos de la Ilustración, la Revolución francesa, las protestas antiborbónicas, la crisis de la monarquía española por la guerra con la Francia napoleónica, los gritos de independencia, guerras civiles, etc., que se han convertido en lugares comunes o supuestos asumidos como verdades explicativas de procesos independentistas que son diferentes en sociedades, tiempos y

lugares. Verdades sabidas, como las que se encierran en dichos tópicos, conducen con frecuencia a una distorsión en la explicación de los procesos, los cuales, a menudo, no son reconstruidos con el rigor histórico que permita superar los metarrelatos nacionales que se han perpetuado desde el siglo XIX.



1810. *Antecedentes, desarrollo y consecuencias*, no rechaza estos hitos, por el contrario, los desarrolla sin asumirlos como verdades sabidas, para brindarle al lector una idea clara de lo que ellos significaron y su importancia para hacer de 1810 un año con significado histórico. En su ensayo Mario Jaramillo permite entender qué pasaba en la Península Ibérica a comienzos del siglo XIX: los cambios sociales, económicos y políticos que llevaron a la coyuntura de la invasión napoleónica, al sainete cortesano de Fernando VII, a las reasunciones de soberanías, las cortes de Cádiz y los ensayos liberales, reformas borbónicas, luchas de independencia, etc. Se trata de explicaciones de procesos estrechamente imbricados que se explican unos a otros y que habrían de afectar a sociedades tan distantes como las americanas en un año crucial: 1810. Es un contexto histórico necesario y esclarecedor para entender la independencia, que difícilmente se encuentra sintetizado en otro texto con la variedad de detalles con que el autor logra las explicaciones a la situación de la península y que lleva a entender cómo, la independencia, es una consecuencia

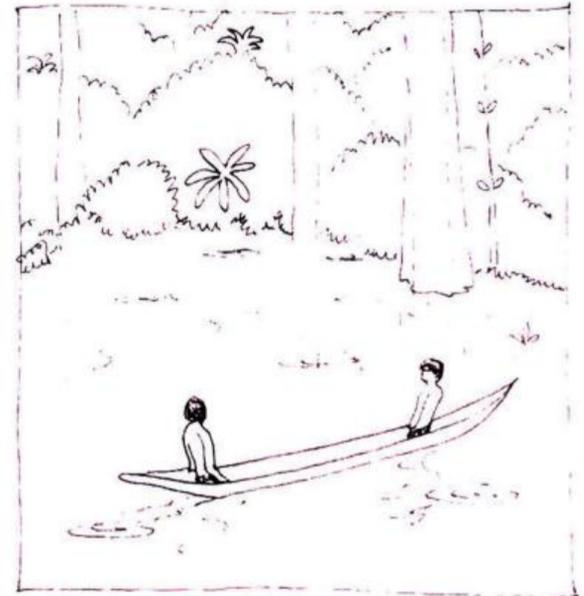
de una confrontación entre sectores políticos por la eliminación o la continuidad del antiguo régimen.

Por su parte, Carlos José Reyes sitúa sus explicaciones en el estudio de los movimientos revolucionarios del siglo XVIII y su papel en la cimentación de las ideas libertarias. Las ideas de los filósofos y científicos ilustrados son sintetizadas aquí para mostrar cómo se producen las revoluciones del pensamiento que llevaron a cuestionar el antiguo régimen y a luchar por la libertad que caracterizaría después a las sociedades burguesas. Estas ideas filosóficas y científicas conducirían a la concatenación de los hechos que preludivieron 1810. Así, lo ocurrido en una plaza de mercado de Santafé, no se muestra como un hecho aislado, sino que es contextualizado por las reformas educativas, la Ilustración, expediciones botánicas, Sociedades de Amigos del País, protestas sociales, conspiraciones, etc. Desde luego, las grandes revoluciones —francesa y estadounidense— y el papel de las logias masónicas, lo mismo que el de la escolástica antimonárquica, son expuestos en sus aportes a la independencia que encuentra en 1810 un año crucial.

Los movimientos sociales anteriores a la Independencia son estudiados por Gustavo Adolfo Quesada Vanegas, quien brinda una amplia y completa mirada sobre los diferentes movimientos sociales de protesta que se presentaron en América, permitiendo una visión de conjunto frente a la protesta social. En su escrito muestra como, aunque en muchos casos sólo se trató de protestas antifiscales que no cuestionaban el orden social impuesto por la corona, en muchos otros se plantearon propuestas alternativas de gobierno, las cuales buscaban el retorno de las organizaciones sociales indígenas, o romper con un régimen opresor esclavista, o el respeto al régimen de comunidades, o a la producción y el comercio libre, etc. que no pudieron lograr muchos de sus fines por la fortaleza del Imperio español, pero que aún hoy son recordados y utilizados como ban-

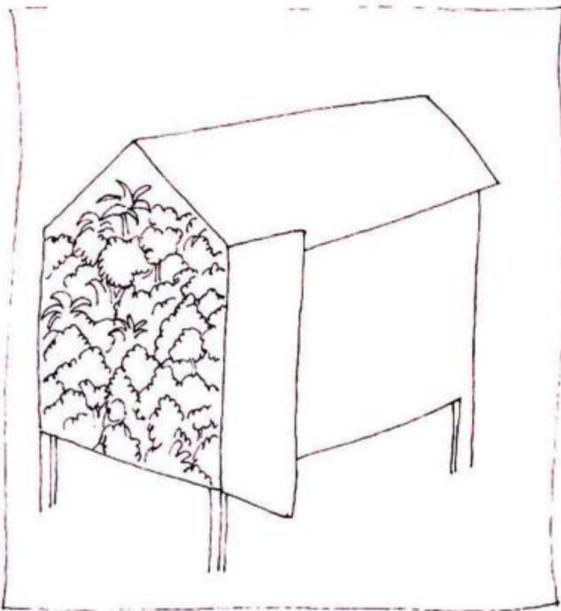
deras por movimientos nacionalistas o revolucionarios.

A pesar de las limitaciones de espacio, este es quizá el panorama más completo de la protesta social frente a la dominación española que se pone al alcance del público no especializado. Hay errores menores en la reconstrucción de los hechos, como puede esperarse cuando se realizan síntesis de este tipo, pero es un trabajo muy útil, con unas bien logradas conclusiones que permiten entender el papel de los diferentes sectores sociales, no sólo los populares en la protesta social que precedió a 1810. Cabe resaltar que no se enfoca únicamente en mostrar la protesta social como el espacio actoral de los sectores populares, sino que destaca la complejidad social de los actores afectados por el régimen colonial e incluye a quienes dirigirán los hechos que caracterizan el año que se estudia.



El pensamiento ideológico de la independencia en la Nueva Granada es estudiado, como es de esperarse, por Javier Ocampo López, cuyo trabajo sobre el tema, sin duda un clásico de la historiografía latinoamericana, sigue siendo insuperado y de obligada consulta. A partir de una definición de la revolución como mecanismo de cambio sustentado en los Derechos del Hombre, Ocampo ofrece una visión de la llegada del constitucionalismo como soporte de nuevos regímenes que llevaron al surgimiento de la política moderna representativa y demo-

crática. Basada en las teorías del conflicto, esta propuesta muestra tendencias en las ideologías y en la construcción de poderes que se enmarcan en las revoluciones de occidente, que ya fueron presentadas en el capítulo II de la obra. El énfasis se sitúa en el choque entre dos tendencias ideológicas: la primera, la que se sustentaba en la defensa mutua entre monarquía-iglesia, dos instituciones establecidas para concentrar el poder y, la segunda, la antropocéntrica, que defendía las libertades, la representación democrática y el régimen republicano de los hombres libres, que sustentaría el demoliberalismo que propiciaría la independencia. El proceso de la independencia es estudiado aquí en las expresiones escritas del pensamiento crítico: derechos del hombre, memoriales de agravios, declaraciones de independencia, publicaciones periódicas; todas son analizadas aquí para entender los cuestionamientos al antiguo régimen y a la monarquía, para mostrar la necesidad de liberar la representación política o la producción, para imponer el federalismo o el centralismo, etc. Todo ello lo utiliza el autor para explicar el régimen republicano surgido a partir de 1810.



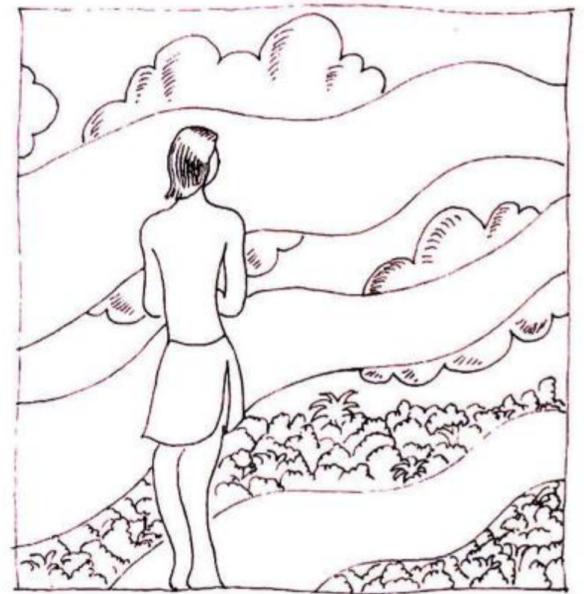
Estos contextos europeos y americanos no estarían completos si no comprendiéramos la situación de las fuerzas que hicieron las guerras que llevaron a las independencias. De esto se encarga Clément Thibaud, quien, a partir de los textos clásicos

sobre el ejército español en América, nos muestra el papel desempeñado por los ejércitos imperiales con sus batallones fijos, sus milicias regladas o las milicias que creaban las ciudades, no sólo en la defensa del Estado, sino también en la diferenciación social. Fueron los integrantes de dichos cuerpos —muchos miembros de las elites y otros de los sectores populares más reivindicativos— quienes en la coyuntura de 1810 recuperaron la soberanía delegada en el rey de España por sus súbditos a partir de haber gozado de sus prerrogativas militares. De allí que al establecimiento de Juntas Soberanas lo siga la conformación de milicias que se encargarán de la defensa de esa soberanía recién reasumida.

Lo curioso es que esas milicias, supuestamente establecidas para reivindicar un nuevo régimen, mantenían las diferenciaciones sociales del antiguo, que se expresaba en las que estaban establecidas en la vieja conformación de las huestes de conquistas: los señores en la caballería, los pobres —como es de esperarse— en la infantería o, como se decía antes, en la peonía. Desde luego, hay cambios que se expresan en la desconfianza hacia los ejércitos profesionales, en el entusiasmo inicial de los sectores populares para integrar las milicias, en el papel político que desempeñarán los milicianos al radicalizar las posiciones de ciertas juntas timoratas frente a los movimientos revolucionarios, en la capacitación de algunos ingenieros militares, y en las levadas indiscriminadas cuando las circunstancias de la guerra lo ameritaron que llevaron a que muchos de los posibles soldados y milicianos prefirieran ponerse al margen de la sociedad y de las nuevas leyes.

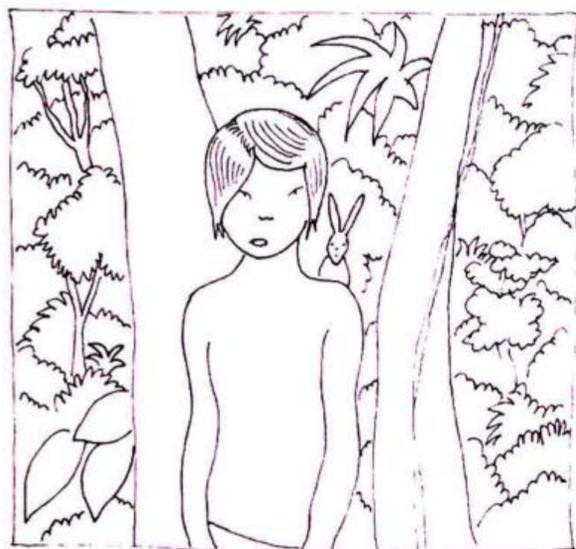
Pero la desconfianza frente a los ejércitos permanentes, con sus conscripciones forzosas, tuvo que ceder frente a las necesidades de una guerra cada vez más violenta. Estas guerras o conflictos son clasificadas por el autor, quien nos muestra las guerras entre ciudades o entre realistas y republicanos, entre federalistas y centralistas, o las que se ini-

ciaron con la reconquista. Guerras presentadas en sus especificidades regionales con sus características tácticas y estratégicas, para terminar en el estudio del tránsito de las guerrillas llaneras al ejército republicano, el mismo que se encargaría de conducir el carro de la victoria y de imponerse sobre la sociedad republicana que empezaba a crearse, imposición que llevaría a que se cimentara el rechazo de los colombianos por un ejército que representaba a la sociedad enormes costos humanos y financieros.



La interpretación histórica de 1810 es ofrecida por José Fernando Ocampo, quien, sin perderse en discusiones acerca de las características locales y sociales del hecho, sienta la premisa de que el “grito” de ese año es el inicio de una lucha de liberación nacional que terminaría diez años después. Su interés es mostrar cómo se produce una revolución nacional que no ha concluido, lo cual sustenta en una serie de análisis contextuales que van desde los inicios del sentido de lo nacional en el mundo, pasando por el concepto de soberanía que le es inherente, hasta terminar en el significado de la independencia americana; todo en marcos temporales muy amplios que cubren desde el siglo XVI al XX, lo que le permite introducir al lector en los aspectos que desde la dominación imperialista ponen en cuestión la independencia latinoamericana, la cual debe enfrentar los intentos de expansión territorial o

ideológica de las grandes potencias que se consolidarían en el siglo xx con sus pretensiones de polaridad política universal.



En sus conclusiones señala que la independencia buscada a partir de 1810 se perdió por “la fuerza multifacética del capital”, con inversión directa, endeudamientos internacionales condicionados, la injerencia de organismos internacionales, etc. Para el caso colombiano, su conclusión es muy precisa: “En cien años Colombia no ha dado una sola señal de reconquistar su independencia, lograda en las gloriosas jornadas de la gesta independentista iniciada en 1810 y perdida en un proceso lento pero inexorable después del robo de Panamá por Estados Unidos” (pág. 239).

Por último, la síntesis en que sustenta la conclusión acabada de citar, no es más que una muestra de cómo la independencia nacional se pierde por la exclusión social en que se ha mantenido a los sectores populares, los únicos que con sus luchas han reivindicado una independencia que le permite al autor mostrarlos como los verdaderos herederos de “Torres, Carbonel, Vargas, Caldas, Policarpa, Nariño, Córdoba, Bolívar, Santander y tantos otros renombrados y silenciosos para la historia” (pág. 244).

1810. *Antecedentes, desarrollo y consecuencias*, es sin duda un libro de obligada consulta para quienes desean conocer el proceso de independencia colombiana y los contextos universales en que dicha independencia se realizó. Es una síntesis

muy útil para los profesores y estudiantes de primaria y bachillerato, y para profesores y estudiantes universitarios a quienes se les dificulta la visión de conjunto de los hechos fundantes de la independencia y nacionalidad colombiana. Es un libro bien logrado, bien sustentado, que será muy útil para todos aquellos que quieren conocer la historia de nuestra independencia. Hay que felicitar a los autores y a la editorial por este esfuerzo de dar a conocer a públicos no académicos hechos que sólo han circulado entre especialistas.

ALONSO VALENCIA LLANO
Profesor,
Universidad del Valle
alvalenc@hotmail.com
<http://www.valenciallano.com>

¿Hemos leído a Mito?

En su primer número —abril, mayo de 1955— Mito se presentaba como una revista de poesía. Tres futuros premios Nobel, Saint-John Perse (1960), Vicente Aleixandre (1977) y Octavio Paz (1990) aparecen allí, con textos inéditos o traducciones, en el caso de Perse, debidas a otro poeta: Fernando Arbeláez.

Dos de los poetas se referían al amor y al deseo:

*Yo no he sabido lo que era el
[amor hasta que llegaste.*

escribe Aleixandre.

Y Octavio Paz recalca:

*No hay nada sino dos seres
[desnudos y abrazados
Un surtidor en el centro de la
[pieza
Manantiales que duermen con
[los ojos abiertos.*

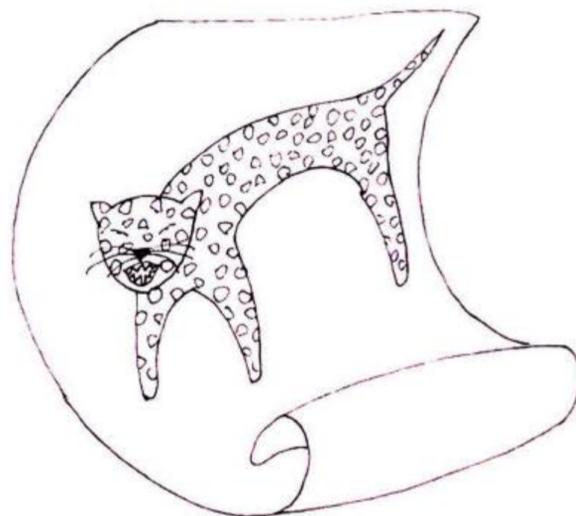
El cuarto premio Nobel debería esperar a los núms. 4, de 1955, 19 de 1958 y 31 y 32 de 1960 donde aparecieron *Monólogo de Isabel viendo*

llover en Macondo, El coronel no tiene quien le escriba y En este pueblo no hay ladrones, respectivamente.

El director-fundador de Mito era Jorge Gaitán Durán, devoto lector de Octavio Paz, reseñista de su libro de reflexión sobre la poesía: *El arco y la lira* (1956) y a quien, al dedicarle su pequeño libro sobre el marqués de Sade lo pondrá como incitador y referencia de su tarea: un poeta que escribe poesía, reflexiona sobre ella, y participa activamente en la vida del mundo, desde su posición de intelectual libre, ajenos ambos a dogmas y partidos.

Esa música de la poesía, en la que se conjugan deseo, amor y texto, llegará en el núm. 2 a España, donde Gerardo Diego, en tres sonetos, pedirá:

*Bésame con tu dulce beso
[oriundo
del paraíso en que jamás creíste,
tu amargo beso o pulpa que
[ofreciste
a este pozo de sed en que me
[hundo.*



Más tarde, en el núm. 3 —agosto, septiembre de 1955— Hernando Valencia Goelkel, el crítico nacido en Bucaramanga y cofundador de Mito con Gaitán Durán, traducirá un canto de William Blake de *El libro de Thel*:

*Por qué el tenue velo de carne en
[nuestro lecho de deseo.*

En el mismo número Eduardo Cote Lamus, en *Algo pasa bajo la lluvia*, nos advierte sobre